

AUGUSTO D'HALMAR

PODRÁ DISCUTÍRSELE a D'Halmar el título que han solido darle de "El primer escritor chileno del medio siglo": las categorías literarias nunca son fáciles de establecer, y nombres como Gabriela Mistral, Prado y Neruda tornan el caso aún más difícil; pero quien estudie al personaje con detenimiento deberá reconocerle muchas superioridades y sentir, además, profundo interés hacia su vida.

La de Augusto D'Halmar ofrece elementos de novela.

Nacido en Valparaíso, "puerto de nostalgia", hijo de un bretón apellidado Goemine y de una señorita Thomson, durante largo tiempo firmó sus artículos Augusto G. Thomson. Esa G. solitaria, intercalada, episódica, que omitió después, constituye el único rastro visible de su padre, cuya memoria, aunque dado a evocar viejas reminiscencias, no mencionó jamás. Acostumbraba, en cambio, aludir de paso a sus parientes maternos, los Cross y los Prieto, familias conocidas que acaso le hubieran perdonado la irregularidad de su nacimiento de no coincidir con su mala situación económica; porque la sociedad, tolerante y hasta benévola con la falta de matrimonio si hay de por medio talento y buena sangre, muestra rigurosa intransigencia cuando, simultáneamente, falta el dinero.

Y de que la familia del joven no lo poseía, dan testimonio sus estudios, interrumpidos en las Humanidades, continuados luego en la Escuela de Artes y Oficios, plantel poco en armonía con su vocación, tanto como el empleo que luego buscó para costearse la vida, si bien, como dice con gracia González Vera, allí inicia su destino de viajero, pues: "Aquel que no duerme y vela por nosotros, condujo sus primeros pasos a una oficina de ferrocarriles".

Estas circunstancias, unidas a un temperamento sensible y una viva imaginación, bastarían para crearle a cualquiera complejos de resentimiento y amargura. Y todavía hay más, aún debe contarse otro

factor más hondo, causa de muchos desequilibrios, elemento de perturbación que, a veces, lleva al extravío y arraiga en la constitución biológica: un concepto antisocial del amor; el inconformismo erótico sujeto a leyes contrarias a las establecidas y que ponen a quien las cumple fuera de la ley.

¿Cómo logró el muchacho orgulloso, consciente de su valer y herido por la pobreza, sostener esa doble batalla, la interior y la externa, consigo mismo y con el medio ambiente, incluido el propio hogar y sus relaciones más estrechas? ¿Cuántos problemas le planteó el destino, cuáles obstáculos y, también, qué ocultas protecciones halló en su sendero cuesta arriba?

Investigadores y psicólogos tienen ahí un delicado tesoro de complicaciones.

Con sorpresa verán uno y otro a la eterna paradoja extraer sin cesar de causas idénticas resultados opuestos; advertirán condiciones lógicamente destinadas a abatir al hombre, convertirse en resortes de su triunfo, y elementos calculados, en apariencia, para destruir al artista, volver su obra, sin que la mayoría lo sospeche, original e inquietante, henchida de una extraña seducción.

Es como si una invisible mano restableciera el fiel de la balanza, aplicando el principio de las compensaciones.

Hacia la vertiente interna, en el espíritu de D'Halmar resuena perpetuamente un manantial de melancolía, un canto de nostalgia que vaga y se complace por múltiples regiones. El fino oído de González Vera lo ha escuchado:

D'Halmar —dice— escribe como para adornar y encubrir un poco un viejo lamento que hay en él. En ninguna parte está conforme. Mientras se acerca a su destino, evoca y regusta cuanto ha quedado en la lejanía: una novia muy remota, una amiga muerta en Stambul, cualquier cosa que no salió bien. Su ruta lo lleva a lo que no es fin, a lo que se malogra por una u otra causa. Y en el fondo, como sombra que aparece y desaparece, hay algo que no se sabe lo que es, pero es algo que corre por todos los libros.

Pero si su alma sentíase solitaria y “estaba triste hasta la muerte”, él no rehuía mezclar su existencia a la de los demás y hasta dirigirla con cierto autoritarismo. Incorporado a la vida literaria a comienzos del siglo, colaborador de revistas semanales y suplementos de diarios, es el primero en nuestra historia capaz de unir a la dispersa grey de sus colegas, siempre solicitados por la fuerza centrífuga. Las convocatorias para asistir a ciertos famosos “machitones”, de legendario recuerdo, llevaban un acento imperioso que no se desobedecía, y en esas jocundas reuniones gastronómico-intelectuales el placer de la con-

currencia no brotaba sólo de la charla ingeniosa y chispeante sino también del buen comer y el buen beber.

Ser de aislamiento, soñador y distante, su doble naturaleza lo había dotado de un poder magnético que le gustaba ejercitar.

Llenaron su época y todavía se comentan las sesiones del Ateneo, templo entonces de la iniciación intelectual, cuando Augusto Thomson tomaba la palabra.

Era preciso verlo.

El auditorio le aguardaba ansioso; su fama de orador se había difundido. Al llegarle el turno, se alzaba ceremoniosamente, despojábase con sabia lentitud de su capa, besaba en la frente a una anciana muy blanca, fina y decorativa, llevada ex profeso —su abuela—, y sin apresuramientos se dirigía a la tribuna. Cuentan que era un espectáculo allí su inmovilidad y cómo, antes de mover los labios, iba poco a poco haciendo en la sala espesores de más y más silencio hasta suspender como por magia las respiraciones y adherir a la suya las miradas. Sólo entonces, cuando sentía al auditorio entregado, comenzaba a dejarle oír, primero muy bajo, a la sordina, la música grave, pausada y varonil de una voz cuyo amplio registro manejaba poderosamente.

Su buena estampa, su alta figura que, por aquel tiempo, “empezaba en una cabellera crespá”, tanto como su mímica y sus dotes vocales, más que la simple oratoria, predestinábanlo al teatro; hubo en D'Halmar un actor reprimido, y él mismo confesaba, no sin cierta nostalgia, que tuvo el propósito de entregarse a la escena. ¿Pasó rozando allí la celebridad universal? Acaso.

También cabe pensar que sus múltiples talentos le habrían hecho triunfar en los negocios o la política; pero otra clase de sueños lo atraían, y supliendo con su rápida asimilación una cultura orgánica, dióse una especie de misión apostólica flotante sobre las tendencias literarias contemporáneas, un mesianismo entre ideológico y estético que mezclaba a Ibsen, Zola, Dickens, Daudet, Poe, Tolstoy, Gorki, Loti y cuantos por uno u otro motivo llamaban la atención en el momento, dando sobre ellos no sólo las últimas noticias recibidas, sino imitándoles, consciente o inconscientemente, de un modo a veces alucinador.

Esta flexibilidad de adaptación, rasgo dominante de su naturaleza, que, en parte, explica su variedad de atavismos, convirtióle en el informador de sus compañeros y le confirió sobre la época, los comienzos de siglo, un señorío especial, prestigioso y casi irresistible. Los escritores más opuestos caían bajo su influjo y le copiaban la manera tanto como él la de los maestros europeos.

Tuvo además una suerte que puede considerarse decisiva, si no para producir, sin duda para apresurar y hacer más fácil y duradero su éxito: llegó en el momento oportuno. Esta circunstancia puede cambiar completamente al destino de un artista. D'Halmar empieza a escribir el año de 1900, cuando cumple dieciocho años de edad y en las letras se indica un cambio destinado a transformarlas: aunque no sea él solo, como se comprenderá, autor del milagro, la coincidencia lo convierte en taumaturgo.

Mirada en perspectiva y a la distancia, cuando quienes le acompañaban se han obscurecido, su figura se yergue sobre la línea del horizonte casi solitaria. Está en un "divortium de aguas". Existe una literatura chilena antes de D'Halmar y otra después.

Quedan hacia atrás, en el siglo xx, los "historiadores y juristas", graves, equilibrados y sesudos, habitantes de una planicie rutinaria y enteramente conformista, de fuerte peso burgués, sin aventura ni misterio. Apenas existe allí la fantasía poética, se ignora la sensibilidad delicada y el buen sentido ejerce un imperio no contrarrestado.

La historia reconoce estos hechos y los explica por causas étnicas. La aristocracia castellano-vasca, llena de virtudes eminentemente viriles, sólida y tosca, construyó un país honrado, ejemplo de orden y estabilidad política; pero no pudo darle lo que no poseía, el brillo, la gracia, el sentido de la belleza desinteresada y el refinamiento espiritual que crea los valores estéticos puros. Todo eso falta en la literatura chilena de la pasada centuria o existe apenas, por chispazos. Tuvimos pocos poetas, no muchos novelistas y bastantes historiadores; ninguno se sostiene por la calidad del estilo, el vigor de la estrofa, la forma viva. Hubo dos fantasías creadoras generosas, Blest Gana, el gran novelista; Vicuña Mackenna, el grande historiador; ambos con fuerte proporción de sangre céltica. Don Vicente Pérez Rosales dejó sus recuerdos en una prosa familiar y noble, castiza y sabrosa; los Arteaga Alemparte fueron ingeniosos y agudos, y en Pedro Balmaceda despunta ya la escuela modernista. Pero la atmósfera general no era propicia. Rubén Darío publicó en Chile su *Azul* que le valió una de las *Cartas Americanas* de Valera y el comenzar de su gloria. Cuando concurrió al Certamen Varela, el jurado le otorgó la mitad del premio, porque la otra mitad debía recibirla, "ex-aequo", en la igualdad de condiciones, don Pedro Nolasco Préndez.

Algo se preparaba, sin embargo, desde entonces, y, a no mediar la revolución del 91, habrían estallado diez años antes los fenómenos luminosos que aguardaron para surgir el nuevo siglo.

Pese a su título no podría incluirse entre ellos la primera novela

de Augusto Thomson, fervoroso seguidor entonces de las tendencias democrático-naturalistas difundidas por Emilio Zola, cuyo talento pesado y poderoso diríase el menos apto para modelar al joven escritor; pero ya tenía D'Halmar la característica de los grandes actores, un don de mimetismo que le permitía anularse y desaparecer bajo la piel imitada.

Para estrenarse en las letras, revistió la de los Rougon-Macquart con todas sus rayas y sus pintas.

Juana Lucero o Los Vicios de Chile, promesa no cumplida de novela fluvial, lleva este epígrafe: "Desterrados del Ideal y de la Suerte, no despertéis al que sueña", eco romántico un tanto rezagado al que sigue otro, en la dedicatoria: "Fanáticos peregrinos, aun de rodillas treparíamos la montaña sagrada..." para concluir declarando en el prólogo que no se trataba de invenciones ni historias fingidas sino de un "estudio social" ajustado a la experimentación científica.

Nada falta del tributo debido a los dioses imperantes.

El argumento de la obra alterna el melodrama con las descripciones. Juana Lucero es una buena chica, hija natural de un diputado millonario y conservador que la abandona y deja morir de miseria a la madre, víctima de su egoísmo y su lujuria. Minuciosos detalles de la agonía, el entierro y la necrópolis. Los tiempos eran sombríos. Una tía despiadada recoge a Juana Lucero, la oprime y atormenta con tanta crueldad que la muchacha "rueda por la fatal pendiente". Pinturas de casas de prostitución y consideraciones sobre la hipocresía de las clases sociales elevadas.

Aunque la intuición adivinatoria del joven descubre y maneja con pasmosa soltura la técnica novelesca, moviendo bien sus tipos y escenas, mezclando con acierto diálogos y cuadros de color, *Juana Lucero* resulta artificial, deshabitada.

Algo queda, sin embargo, del libro: ciertas estampas santiaguinas transportan nuestra imaginación a la época del novecientos y ofrecen un atractivo de álbum. Este pasaje:

Pasando por la avenida Cumming, la calle de Santo Domingo tomaba el aspecto de una vía de Tánger. A ambos lados prolongábanse interminables murallones blancos, sin una puerta, y la luna daba un aspecto casi lúgubre a esa blancura sin límites. Al atravesar la calle Bulnes, mirando hacia Catedral, la blancura no se interrumpía, divisándose una quinta, cuyos altos cipreses no alegraban nada. Este es el jardín de los Capuchinos —advirtió— y esa tapia que no se acaba nunca son los pies de la viña que tienen los Padres. ¿No conoce la iglesia? ¡Es muy bonita! Desde aquí se ve la torre con el ángel que toca la trompeta del Juicio Final,

El lector compara aquello con lo que existe y se sorprende ante lo que ha quedado como ante lo que ha desaparecido. Su placer no va más lejos.

Curiosa en calidad de documento urbano, *Juana Lucero* muestra en plena acción el influjo de las corrientes europeas y también cómo disminuye a un artista el obediencia sumiso a una política determinada, por razonable que sea.

Se dice: el escritor chileno está obligado a escribir sobre Chile, a pintar sus paisajes y costumbres, debe conocer el campo y el mar, revelar las bellezas del Norte, del Centro y del Sur, porque sólo así... , etc. Está bien, muy bien, esas son ideas patrióticas y cuerdas; pero puede ocurrir, porque el espíritu sopla donde quiere, que al escritor chileno le interesen más otros países, Turquía, el Japón, la India milenaria, el Egipto faraónico. ¿Deberá renunciar a ellos donde acaso quién sabe por qué, se encuentra su destino y está el misterioso elemento capaz de fecundarlo, para contraer su atención a la tierra nativa? Si D'Halmar lo hubiera hecho, no tendríamos a D'Halmar o sólo tendríamos un costumbrista más, de molde común. *Juana Lucero*, deja entreverlo: un cuentecillo, posteriormente, lo corrobora.

Poco después de la novela escrita bajo los auspicios de Zola, compuso D'Halmar una pequeña fábula totalmente inventada, una fantasía aérea extraída de la atmósfera: la historia de una plumilla de cardo que salió a correr aventuras. Es una obrita muy ligera, pero donde a cada frase se siente el goce creador, la alegría de inventar con facilidad y ver el nacimiento y la ascensión de las imágenes, cada cual con su leve carga de significados. No hay en las letras nacionales ni acaso en las españolas una pieza de tanto alcance y tan pocas dimensiones, tan sencilla y tan alta. Se intitula *A Rodar Tierras* y, haciendo honor a su nombre, ha recorrido multitud de idiomas y la pueden gustar en el propio hasta los rusos; porque, hecha para diversión de niños, se convirtió en deleite para hombres maduros, y surgida en un rincón de este hemisferio, no le ha costado, tan ágil es, transponer montes rumbo a otras latitudes. Y es que el autor, como la plumilla, no se propuso en ella nada, fuera de subir y volar según su impulso.

Le han descubierto huellas de Andersen y otros no menos ilustres; lo que en el mundo de las letras equivale a tener buenos parentescos. Eso no importa. Hombre de esencia particularmente literaria, nunca deja nuestro autor de inclinarse hacia alguno de sus maestros preferidos, pero lo hace espontáneamente, con un instinto tan natural que tiene lo que se llamaría la imitación creadora, el reflejo original. Por ese don feliz y por su rico abundante fluir de pequeños detalles,

vivos, rápidos y frescos, es por lo que: "Más que las gaviotas de la mar salobre, más que las nubes y más que el viento ha vagabundeadó bajo el alto cielo la plumilla de cardo volador."

Ese cuento, que produce impresión considerable en el ambiente, marca la aparición del verdadero talento de D'Halmar.

Su destino estaba ya fijado: sólo le faltaba seguirlo.

Un pintoresco episodio de nuestra vida literaria, que Thomson animó como protagonista, muestra el grado de prestigio que había conseguido y permite, al mismo tiempo, medir el fervor por las ideas dominantes de su generación. Es la historia de la célebre Colonia Tolstoyana.

Podría decirse que el asunto empieza en Rusia. Las novelas de Tolstoy llevaban al mundo entero, junto con sus creaciones geniales, la gran leyenda apostólica del patriarca de Yasnaia Poliana y su cándido evangelismo hecho para encender a los ilusos. Parece que en ninguna parte hallaron esas doctrinas mejor terreno que en Chile. Puesto a la cabeza de seis o siete artistas, soñadores y bohemios, Thomson resolvió que era preciso apartarse de la civilización, irse al campo y llevar una vida pura; lo que conseguirían fácilmente trabajando la tierra y amasando con sus propias manos el pan. Así comenzó esa aventura "quién sabe si única en América" —según Mariano Latorre— y que "se debió a Thomson, a su incansable afán proselitista, su fe en el valor humano de su arte y de sus compañeros". El mismo observador anota la interesante circunstancia de que entre Tolstoy, el apóstol, y Gorki, el político, fuese aquél y no éste quien prevaleciera en el espíritu del joven; pero saca la consecuencia, no corroborada por los hechos, de que "Thomson quería, no cabe duda, despertar la responsabilidad del escritor en la lucha social de su país de origen y hermanarlo con los políticos, con los maestros, con los hombres de acción, en suma". En realidad —después se vio— nada de eso quería Thomson sino, ante todo, soñar, representar, forjarse quimeras y ofrecerlas como espectáculo. Antes de establecerse, los futuros colonos realizaron una primera expedición exploradora al Sur, acaso atraídos por Santiván, cuñado de Thomson y fanático admirador suyo; pero las costas rocosas de Arauco no los sedujeron ni tampoco la enmarañada cordillera de Nahuelbuta. Vueltos a la capital, Thomson, que se había ido a vivir a San Bernardo, a pocos pasos de Santiago, obtuvo del poeta Magallanes, alcalde a la sazón del pueblo, una modesta casita semirrural, dos piezas con un sitio de una hectárea, su corredor y su huerto, que se declararon acto continuo aptos para ser colonizados literariamente. Allí se instaló un tiempo el pequeño grupo. Sus ocupaciones no eran complicadas. Un robusto pintor, Ortiz de

Zárate, aceptó uncir su musculatura al arado santo y trazar los surcos que recibirían la semilla bajo la conducción de Santiván, novelista. El escultor Canut de Bon, que se había quedado en la casa, trabajando, fue encargado de modelar, en vez de la arcilla, la masa del pan. Accedió a ello; pero sin éxito: un fenómeno inexplicable endurecía rápidamente la mezcla, que salía del horno petrificada. Magallanes contaba después que, durante muchos años, utilizó para afirmar los postigos desvencijados de su casa uno de esos panes escultóricos. Thomson se había reservado en la cofradía el cómodo papel de sacerdote. Leía de cuando en cuando, con su hermosa voz de barítono, pasajes del Evangelio alusivos a las faenas rústicas, alternándolos, para variar, con trozos de Pierre Loti, su último entusiasmo.

Notemos este nombre: más que la Biblia y el propio León Tolstoy, será pronto uno de los ídolos y el verdadero maestro que guiará al joven escritor "por el vasto mundo".

En 1907, cuando Thomson cumplía los veinticinco de edad, ocurre en su vida un suceso destinado a modificarla profundamente y esculpir los rasgos definitivos, aunque impalpables, de ese personaje que cada cual modela con sus propios actos: abandonó el terruño nativo y partió a viajar a través del "vasto mundo" por un largo período, casi treinta años, hasta 1934.

Hizo posible la realización de este sueño la presencia en el Ministerio de Relaciones de un hombre insigne, culto y amigo de las letras, el doctor don Federico Puga Borne, quien nombró primero al joven escritor su secretario privado y después le designó Cónsul General en la India con residencia en Calcutta.

Fue entregarle sus despachos de viajero perenne. Convirtiéndose desde entonces en El Almirante del Buque Fantasma, punto de mira de cuanto mozo imaginativo ansiaba y no podía viajar, vagabundo nostálgico, émulo de Loti y colega suyo, entregado a pasear con magnificencia por los mares y que acodaba, a la borda de incontables navíos, una inmensa melancolía, heredera directa de la tristeza sin remedio que arrasaba el alma de Chateaubriand, inventor de la enfermedad del siglo.

"¿Dónde no estuvo, dónde estuvo?" han solido preguntarse con inquietud sus lectores. De atenerse sin discriminar a sus relatos, estuvo un poco en todas partes y conoció, más o menos, a todo el mundo.

En realidad, siguiendo la complicada ruta, el itinerario vago y flexible que siempre han preferido nuestros representantes en el exterior para "marchar a asumir las funciones de su cargo", sus puestos de Cónsul en la India y, luego, en Eten, del Perú, le permitieron visitar holgada y administrativamente París, Marsella, Stambul, El Cairo, la

Tierra Santa y, en suma, los puntos capitales célebres o pintorescos, del Oriente y el Occidente, aproximados a su camino.

Algún eco, naturalmente, venía de todas esas andanzas lejanas a encender el fuego de la admiración criolla, tan sensible a los juicios extranjeros y dispuesta a aceptarlos, que no considera verdaderamente "consagrado" sino al que ha obtenido algún triunfo fuera del país.

De Calcutta pasó nuestro Cónsul a Eten, puertecillo del Perú, desolado y hostil donde, literalmente, vegetó cerca de ocho años, casi una eternidad. Habiendo reaparecido en Santiago, en 1916, de paso hacia Europa, entre los múltiples homenajes y festejos que recibió, recordamos la sesión solemne del Ateneo en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Una escritora muy joven, Luisa Anabalón Sanderson, que firmaba *Juana Inés de la Cruz*, más tarde esposa de Carlos Díaz Loyola y que firmó desde entonces *Winet de Rokha*, leyó una especie de loa lírica tan entusiasta que el festejado inclinó la cabeza, se cubrió con ambas manos el rostro y conservó todo el tiempo esa actitud. En seguida, a modo de respuesta, leyó trozos de *Gatita*, reminiscencia de una cholita tropical, voluptuosa y felina, de trece años de edad, que fue para él como una esposa libre, en una especie de provisional matrimonio aceptado allá por la costumbre.

De mi larga permanencia en el Perú —empieza— yo no conservo ningún recuerdo, como si algunas páginas hubiesen quedado en blanco en mi libro. Aquel puerto aislado del Norte, la ciudad rutinaria y las poblaciones del interior, se me confunden con cualquier parte del mundo, y aun mientras vivía en ellas me producían la impresión, su cielo azul y sus dunas, de que lo mismo pudieran ser de la Palestina o bien que aquel caserío estaba en Mahé, de Indias, o en Djibouti, del Africa. Sólo sus gentes me parecieron tan banales que apenas si recuerdo la fisonomía de una cholita y un gato y ese animal y ella, esa niña de trece años, son los que hacen que tenga algo que decir todavía de la tierra de los Hijos del Sol.

Cuenta la atmósfera pesada que envolvía al Cónsul de Chile, el odio latente y la idea de la revancha en esa población pasiva que se apartaba a su paso, el "hastío resignado abatiéndose sobre mí como un pozo de arena que se derrumbase, perdida hasta la noción de las estaciones en ese clima enervante, siempre dentro de la misma incuria y la misma monotonía".

La prosa de D'Halmar alcanza ya, por esa época —los 33 años—, un grado de perfección en su estilo que le será prácticamente insuperable. Enriquecida de elementos exóticos, bordada de extrañas reminiscencias, esta especie de seda oriental, mágica y flexible, tiene pliegues que adoptan la forma de los sueños y exhala una música leve de tal modo armoniosa, que casi nada envidia al verso y hasta le vence por

su imprevisible ductilidad, su melodía sutil y su ritmo ceñido a las variaciones del canto interior. Hay períodos enteros que, a veces, no dicen nada o casi nada; pero las frases hacen vibrar el aire en torno a imágenes tan cargadas de sugerencias, que un estado de ánimo viene a unírseles, como fascinado, e igual que ante los espectáculos de la naturaleza, se experimenta, sin concepto alguno, una onda de inmaterial deleite o voluptuoso apaciguamiento de la melancolía.

Véase esta bien llamada *Barcarola* y dígase si el idioma ha superado alguna vez su expresión del vago estremecimiento, la rizadura vespertina del alma ante el océano:

En la áspera desolación de esta playa, yo veo partir el día con sus velas anaranjadas y entrar la noche como otro barco más furtivo y más fantástico, con su primera estrella en lo alto de los masteleros, entre la sombra azulada que parece descender por sus cordajes, estremecidos al calofrío de los aires y de las aguas. Entonces, un gran silencio, una soledad más grande se hace en la extensión del puerto y las olas mismas parecen venir en sueños hasta mis pies.

Hombre envejecido de una jornada, yo desnudo mi frente al mensaje que viene desde el infinito a esta hora. Mi mano hace señas y mi voz espera inútilmente el eco. El barco de la noche debe de haber traído algo para mí, sin embargo, del otro lado de los mares. Y la brisa es como un saludo; y el blanco resplandor del firmamento como un llamado; y la estela en las aguas como un camino.

Cada noche, Amiga, yo no sé si pienso o si sueño que me embarco en este gran velero azul, que aparejamos sigilosamente, y que pondremos la vela al primer soplo del amanecer y nos haremos a la mar. Yo fraternizo con la tripulación fantasma de tantas expediciones lejanas y con su capitán adusto; él me ha conducido por el mundo y me ha dejado en este puerto sin abrigo; él volverá a llevarme, porque yo soy de su equipo y porque mi hamaca se mece entre las jarcias, sobre el puente húmedo, y en mi puesto de trabajo orea sus chispas de espuma y sus gotas de rocío aquel esparavel intangible que los navegantes echamos en alta mar para pescar la luna.

Temperamento fundamentalmente lírico y confidencial, soñador que gustaba unir con la verdad su fantasía y relatarlas al lector entremezcladas, la obra de D'Halmar resulta casi inseparable de su existencia. Y viceversa.

Vimos en *Juana Lucero* su experiencia juvenil de Santiago narrada al modo de Zola. Mediante luces y sombras simbolistas, según los libros esotéricos de Ibsen o Maeterlinck, *La Lámpara en el Molino* transforma prestigiosamente los alrededores de San Bernardo, cerca de la capital. En *Gatita* escuchamos recuerdos del Perú. Ahora nos bastará abrir *Nirvana* para transportarnos al Oriente y, bajo la sombra desencantada de Loti, recorrer sus antiguos mares y visitar las ciudades legendarias.

Era D'Halmar bastante rico para reconocer sus deudas; después de Neruda, acaso ningún escritor chileno ha ejercido sobre la juventud de su época influencia parecida y nunca, por su parte, quiso ocultar las que había recibido. Un capítulo de *Nirvana* fechado en París, 1918, empieza: "Fui a mi biblioteca y tomando un libro de Loti, que me acompaña desde la infancia, lo hojeé hasta encontrarme con aquel pasaje en que el autor, niño también..." Se recordará que en la Colonia Tolstoyana, Thomson alternaba la lectura de libros de la Biblia con libros de Loti. Mirar de cerca al autor de *Fantasma de Oriente*, estrechar su mano, obtener su amistad y hasta, según ciertas palabras por allí citadas, tratarlo de tú, fue una de las muchas ilusiones que sus viajes le permitieron realizar. El protocolo paralizó un poco su primer encuentro:

Un viernes, en un Selamik del Sultán Rojo, en un grupo de diplomáticos, me presentaron —dice— al amante de Aziyadé. Estábamos en la Constantinopla que él me había hecho presentir y hacia la cual me había atraído su lectura; pero el uniforme de parada que ambos vestíamos me impidió hablarle como hubiera deseado y me contenté con mirar a aquel hombre que tan profundamente ha sentido la vana embriaguez del amor y el vértigo inmanente de la muerte, con mirarlo deseando que mi mirada se imprimiese en su espíritu, el más sensible que haya existido nunca.

Su admiración no le estorba, más tarde, por obra acaso de la familiaridad, verlo años después en el entierro de un académico, "de uniforme marino, las mejillas delicadamente pintadas como una japonesa, los ojos sombreados de kohl", cosa que no lo sorprende, porque el mucho viajar desvanece las ideas preconcebidas.

Sea tono de la época novecentista, sean influjos de Loti o del ambiente, sea acaso todo ello combinado con causas recónditas en el alma del autor, el hecho es que las páginas donde D'Halmar refiere sus viajes por el Oriente indostánico llevan, más que otras, cargado el acento de la melancolía. Es un ritornelo constante, una queja errabunda, un desfilar de espectáculos tristes y sentimientos fúnebres que conduce, justamente, a la región designada por el título del libro. Siempre hay en perspectiva algún espectáculo triste, algún entierro que trae reminiscencias de otros entierros:

En Nápoles, una tarde, al anochecer, ya con antorchas encendidas... Aquel blasón conducido en andas, los fotóforos, los penitentes encapuchados, los caballos con gualdrapas de oro, todo se sumergía en las sórdidas callejuelas, en la miseria y la ignominia del basso-porto. También en Venecia, en el propio embarcadero de Santo Stéfano, entre el temblar azorado de los cirios... hacia aquel islote que entre las islas muertas es el de los muertos, las góndolas enderezaban su rumbo, severamente colgadas de ter-

ciopelo, con el capellán de pie en la proa y los gondoleros en túnica púrpura. Llegaba de la playa la despedida como el rumor de las olas, sonaban las campanas... Amén, amén... En el Pireo, el entierro griego, con el cadáver descubierto sobre parihuelas, delante del olvidado mar. En El Cairo el entierro árabe... precedido por la vanguardia de maceros, por los que llevan en largas pértigas abanicos de plumas multicolores, el ataúd con su fez hacia el Oriente, escoltado por los doce carros de lloronas. ¡Selam, selam!

Sensaciones de soledad, de lejanía, de abandono y una especie de aniquilamiento infinito se unen al viaje y lo acompañan, prestándole la resonancia cadenciosa de su coro, no sin una íntima voluptuosidad. El enfermo ha acabado, sin duda, por amar su mal y cultivarlo. Un 24 de diciembre celebra la Pascua en alta mar. Habían dejado atrás el Golfo de Bengala, comenzaba de nuevo el girar insensible de las constelaciones y se veía enderezarse la Cruz del Sur, que cada noche iba quedando un poco más atrás, "como si nos alejáramos hasta de los astros", pincelada que da con magnificencia el sobrecogimiento de las grandes distancias, ya señaladas con hábiles indicaciones —"era allá por los 27 grados de latitud N."—, datos geográficos no destinados, ciertamente, a orientarnos, sino más bien a desorientarnos, y que son como una medida de aislamiento. Mientras resplandece el salón, la brisa lleva muy lejos, tal vez hacia el Africa, los ecos de la orquesta, él sale a cubierta a pasearse y meditar, recordando esa vida que ha retrocedido como las costas de su tierra. ¿A dónde por el ancho mundo? Preguntas, reflexiones, toques leves y repetidos, trazan paralelamente el cuadro exterior del océano sin término y el panorama interno, desolado. "¿Qué hacer para sofocar la angustia que nadie comprenderá ya?" La vida se presenta sin sentido, y todas nuestras aspiraciones son como espejismos. "Vuelvo a pasearme lentamente, alejándome del ruido o acercándome. Estos amigos de un mes se divierten juntos, ajenos a mí, y aunque he contribuido a su regocijo, nadie ha echado de menos mi presencia. ¿Por qué yo tampoco? A dondequiera uno va con su pobre yo limosneando simpatías. Y en la mano tendida únicamente los años dejan caer su escarcha." Otro hallazgo de expresión. Pero he aquí que alguien, uno cualquiera, ha dejado asimismo el salón iluminado, sube a cubierta bajo las estrellas y colocándose al lado, "junto al corazón y a la secreta soledad", hace y deshace con él, en silencio, el mismo paseo monótono. ¿Quién es? No lo sabe ni importa saberlo. Es un ser humano que lo acompaña y que con "ese simple movimiento de reunírsele en la noche de los recuerdos le ha dicho más que con todas las confidencias". ¿Hablan siquiera el mismo idioma? Tampoco hace falta.

Paseo taciturno a lo largo de un puente de barco, muda compañía y separación sin fin. No puede ofrecer la vida nada más elocuente ni más íntimo. Y me parece ahora tan alejada la vana garrulería de todos. De alma a alma se han presentado dos hombres, y cada uno en presencia del otro se ha sentido menos abandonado, como si el impalpable reino del espíritu los protegiese. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? La noche o tal vez la vida. ¡Gracias, viajero, único compañero de viaje, venido no sé de dónde y que posiblemente no volveré a ver, hombre de quién sabe qué patria, gracias, hermano, alegres pascuas y dichosa vida! No nos hemos estrechado siquiera la mano; pero no nos olvidaremos.

Una novela corta, *Mi otro yo: Doble Vida en la India*, ahonda esa nota desesperada, la reduce a filosofía dentro de las fórmulas orientales y la explota un poco uniéndola a episodios folletinescos donde personajes raros animan escenas lúgubres y recorren los sitios sagrados del Indostán. El creador de intrigas que había en D'Halmar sabe manejar esos argumentos inquietantes. El héroe, Miguel Orth, hijo del archiduque desaparecido que abandonó la corte imperial austríaca "para venir a pegarse un tiro en una cocina embaldosada de un molino de Chile" —así lo dice el autor—, empareja dignamente con una antigua rival de Eugenia de Montijo establecida en Calcutta y que en presencia de su marido asesina, sin saber cómo, a una pobre señora. Luego bajan ambos con el cadáver hasta el Ganges, el río que desemboca en el Nirvana, lo depositan en una bolsa, le prenden las luces rituales y echan el fúnebre esquife a la corriente sagrada. El espíritu de D'Halmar se diluye y deleita en el aire extraño de ese extraño mundo oriental donde la mujer es algo vedado, algo que no se nombra entre gentes bien nacidas y que se recluye en su casa, no por desconfianza al huésped sino "para no deshonrarlo con su presencia". La religión allí carece de esperanza: un cielo sin Dios, una inmortalidad sin alma, una perfección sin plegaria: si el hombre nace solo, vive solo, muere solo ¿quién le escucharía?

Miguel miró a lo lejos a donde se dirigían los elefantes sagrados. También a esa hora, en ese sitio, como en todas las márgenes del río nirvánico, bajaban las mujeres a traerle su ofrenda cotidiana y entrando hasta medio cuerpo en la onda, se las veía dejar sus guirnaldas de mandara y sus collares de jazmines y volver a surgir con las ropas ceñidas y hechas transparentes por el baño. Cantaban una canción de alba y juventud y el río mezclaba a esos acentos fugaces la incansable letanía de sus aguas que venían del Himalaya, que habían contorneado Benarés y que ahora, en Calcutta, iban a perderse, como el curso de la vida, en algo desconocido.

A mitad del camino entre Oriente y Occidente, cruza nuestro escritor, de ida y vuelta, otro escenario no menos prestigioso, cuna también de religiones y divinidades, el Egipto faraónico, el mundo de

las pirámides, la entrada al gran desierto africano y la desembocadura del Nilo. Ahí vemos alzarse *La Sombra del Humo en el Espejo*, probablemente el más vago, impalpable e incorpóreo de los títulos que novelista alguno haya aplicado a una novela. De esa niebla translúcida, brota, sin embargo, por vez primera en la obra de D'Halmar, un personaje tangible, un ser que no es el autor mismo ni su doble etéreo, Zahir el guía árabe, tipo picaresco cuya presencia no se olvida. Rechaza primero el ofrecimiento de sus servicios el turista, confundiendo con la turbamulta de obsequiosos cicerones, y el muchacho se aleja cortésmente, saludándolo sin acritud:

—Está bien, Sidi; no temas que te importune; que Alá te acompañe.

Pero la Esfinge los retiene hasta entrada la noche cuando ya nadie podrá conducir al excursionista a la ciudad, sino el discreto adolescente que tuvo la paciencia de aguardarlo con su dromedario. Ambos regresan, emprendiendo la marcha bajo los jeroglíficos de las constelaciones. “Tomó la brida y tan pronto deslizándose ágilmente delante del rápido animal, tan pronto retardando su paso para poder interpelarme, el leve roce de sus plantas desnudas sobre el suelo se confundía con el redoble acompasado de los cascos.” Se apartaron a la orilla del río, cerca del puente de Kassr. El viajero preguntó cuánto debía. El mozo árabe le da entonces su lección:

—Por ninguna retribución me habría incomodado —responde—. Y si he venido ha sido por ti. Déjame tranquilo y vete en paz. Buenas noches, Sidi.

Así queda sellada entre ambos la amistad. Porque al día siguiente, en el barco que debe alejarlo del puerto, ve el viajero a Zahir que anhelaba viajar y se las compuso para hacerlo gratis, ganándose con mil habilidades el pasaje. A poco andar, ese árabe del desierto era el niño mimado de la tripulación. El cocinero le reservaba los mejores bocados, el cantinero y el dispensero le regalaban frutas y botellas, que convertían en alacena el guardarropa de su señor, y en medio de la rígida disciplina que separaba las clases, conseguía todas las mañanas hallarse en el camarote de su amo a la hora de despertar. No permitía que nadie se ocupara en su servicio, le instalaba temprano la mecedora en el sitio más fresco, blanqueaba sus zapatos hasta darle celos al capitán inglés, y después de jugar con los niños, que le buscaban como su compañero favorito, solía instalarse a los pies del viajero, asiduo, silencioso y discreto como un esclavo tutelar.

Acaso más que otro alguno, este libro pone de relieve los elementos orientales que tantos han reconocido en el temperamento de

D'Halmar. Bajo la triple veladura del humo, la sombra y el espejo, la figura de Zahir toma tanto cuerpo que innumerables y variados lectores de todas partes preguntaban a D'Halmar si el criado árabe de las múltiples habilidades, guía, enfermero, ratero y prestidigitador, héroe legítimo de aventuras picarescas, existía en verdad y quién era, y cuál era su suerte y dónde se hallaba. Una de sus admiradoras chilenas, la poetisa María Monvel, le dedicó estas siete estrofas:

Yo te hubiera querido, Zahir, para mis ojos,
ágata del desierto, yo te hubiera querido
para vivir contigo sus crepúsculos rojos
en aquellas calientes arenas del olvido.

Yo te hubiera querido, dromedario pequeño,
por tus ojos de urna y tu cuerpo de espada,
y habría hecho verdad mi más hermoso sueño
si en lugar de la Esfinge fuera tu deseada.

Suave piel que mis labios besan en leve canto,
ojos claros que encienden tu piel rubia y morena,
que saben del asombro y no saben del llanto,
¡por tenerte daría la más aguda pena!

Yo quisiera tenerte así, tan sabio y puro,
bajo el ancho dolmán, que es una ancha caricia,
y ambos bajo la luna del ojo blanco y duro,
en un abrazo quieto, morirnos de delicia.

Yo te hubiera querido, dulce y pequeño mago,
hijo de la danaide y del árabe bello,
para marchar contigo una noche de estrago
en el rítmico y móvil hueco de tu camello.

Yo te hubiera querido, boca que aún no besa,
madura como un dátil y también hueso vivo
de los dientes agudos ¡oh! y la inmensa destreza
para lanzar el dardo del mirar fugitivo.

Zahir, pequeño dios, yo te hubiera querido
no sé si para atarte como un nudo a mi cuello
o para reclinarte como un niño dormido.

D'Halmar distaba, ciertamente, de la sencillez de espíritu, y lo que aportó a las letras chilenas fue, entre muchas cosas, la complejidad, la fusión de elementos contradictorios paradójicamente amalgamados.

Junto al inquieto soñador, al vagabundo enigmático, habitante de fronteras que flotaban con vaguedad sobre las realidades materiales, unido al bohemio de tendencias místicas y mágicas, había un burgués previsor y estricto, económico y paciente, capaz de resistir el tedio monótono de la soledad juntando peso tras peso. Así vegetó en el perdido puerto de Eten ocho años para ahorrar sus derechos consulares. Cuando tuvo la suma necesaria para independizarse y vivir más o menos libre en París, presentó la renuncia de su cargo y, sin vacilar, emprendió el viaje a la capital de Francia.

Era la fascinadora ilusión de los escritores latinoamericanos del 900.

Sin embargo, su larga residencia en Francia no fue tan favorable al desarrollo de su talento, como el rápido paso que hizo por el mundo oriental.

Las tres obras de D'Halmar que podrían llamarse de su período francés —*Capitanes Sin Barco, Amor, Cara o Cruz y Los Alucinados*— ofrecen un contenido notoriamente inferior al resto de sus libros, excepto el primero, escrito a los veinte años; y todas presentan características comunes. Son novelas, cortas o largas, trágicas o humorísticas, bien compuestas, bien hechas, que se leen con agrado y cumplen su fin de entretener. Generalmente refieren historias de tipos originales, más o menos dudosos, a veces ridículos, de esos que Encina llama “desconformados cerebrales” y viven equilibrándose, porque han perdido el equilibrio. Ninguno ahonda demasiado ni arraiga en la memoria. Se les siente artificiales, carecen de resonancia interior y de voz humana, auténtica. Pasa un francés de doble vida, la ostensible y la oculta, la legítima y la ilegítima: en cuanto esposo fiel, pacato y hombre de confianza, a quien se le piden consejos, M. Durango camina con lentitud, viste de negro, saluda solemnemente y gasta poco. En cuanto amante aventurero viste ropas claras, a paso alegre, despreocupado, divirtiéndose, gozando y arruinándose sin contar la plata. En el fondo, alentaba una modesta aspiración: quería ser padre. Por desgracia, no se la realiza la esposa sino la otra, y el hijo clandestino descontrapesa tanto el sistema de M. Durango que, al atravesar un puente, mira el agua y se arroja al río. Le forma pareja un chileno, uno de los múltiples chilenos seducidos por París y capaces de morir de hambre allá antes que volverse a su patria. Fraga va al mercado “les Halles”, y recoge los restos que abandonaban al retirarse los proveedores, cocina aquello en un hornillo y disfruta de París. Es un escritor inmenso, aunque ignorado, un músico ge-

nial, un sabio a cuya ciencia nada permanece oculto, y todavía un seductor de tal especie que las conquistas de don Juan son para él juegos de niños. Habita un siniestro quinto piso, y su traje, cepillado, lustrado, barnizado, ha adquirido un brillo metálico y como una tiesura que se diría imperecedera. Bajo esta costra, su corazón palpita de una soberbia satánica, abriga un desprecio sin límites por la humanidad.

Semilocos, semivisionarios, quédanse demasiado a menudo en semi-personajes.

Debe haberlos conocido, sin embargo, auténticos e históricos el escritor en aquel punto de convergencia mundial donde los seres más raros se dan cita, procedentes de todas las latitudes, con signos de todas las razas. Su vida anecdótica de entonces abunda en episodios curiosos y encuentros sensacionales, por él más tarde ampliamente aprovechados. Un día, por ejemplo, en cierta callejuela, se le aproxima un hombrecillo de tipo mongólico y le dirigió la palabra. La fotografía ha propagado después su rostro universalmente, pero entonces D'Halmar necesita preguntarle cómo se llama. Era Lenin. ¿Por qué no? Tampoco hay razones valederas para impugnar el soneto de Rubén Darío que con unas estrofas de Amado Nervo figura en su ejecutoria.

Como Píndaro "tiende hacia el viento que sopla"
la vela de su nave, que es una carabela
de Cortés, por lo audaz y de Constantinopla,
de París y la India, su palabra que vuela.

Sutilmente recuérdase en la cálida copla
de España. Su ascendencia un gran misterio vela.
¡Quién sabe cuál camello dominó su manopla!
¡Quién sabe los encantos que su sonrisa anhela!

Encaneció muy joven, vivió su hora intensa,
ebrio de hallar su vida por tan humana, inmensa,
y adolescente supo de las iras del mar.

Por eso, cuando muera, dirá la fama: "Nunca
fue una vida tan bella, a pesar de ser trunca,
como de este gran nómada don Augusto d'Halmar."

Allí también, seguramente, en París, no precisemos mucho la ocasión, le oiría a Pierre esas palabras:

—La mar, “nuestra mar”, es también para ti como una hada madrina. . .

Corresponsal de diarios españoles durante la guerra, herido y condecorado en el frente de la batalla, tras un dramático suceso, D’Halmar trasladó su residencia a Madrid.

Este cambio de atmósfera tiene en su carrera literaria una importancia casi equivalente a su salida de Chile.

El aire de Francia no lo favorecía. Hallaba, sin duda, en él ciertas afinidades; el sentido del límite, la previsión económica, un orden estricto, meticulado, pero todo en el plano, por decirlo así, doméstico, de esfera inferior. Hallaría también, porque París lo contiene todo, espíritus refinados y nobles amistades, abnegaciones heroicas aunque no sean comunes. La masa corriente, el individuo que el extranjero topa a cada paso, da una impresión de fría distancia, a menudo de hostilidad poco disimulada y, siempre, tiene los ojos claros, duros y corteses, en el fondo desdeñosos, de quien conoce su propia superioridad. Francia es el país de la razón, que significa dureza, de la claridad, que significa indiferencia, de la proporción exacta, que significa egoísmo, reservas inevitables de grandes virtudes divinas por un lado, humanas, demasiado humanas, es decir, inhumanas por el otro. Eso se siente, sobre todo, al traspasar la frontera pirenaica. ¡Qué diferencia!

D’Halmar llevaba también, no lo olvidemos, para abrir todas las puertas, la llave de su oratoria, inútil en países de lengua extranjera, mágica en la Madre Patria donde el arte verbal cuenta cultivadores y peritos consumados.

Tal como en Santiago disertaba sobre Ibsen o Loti, evocará en el Ateneo madrileño “sensaciones de la India” y revelará al público la extraña figura, tan parecida a la suya que se diría su sosías, de Oscar de Lubicks Miloz, el gran poeta lituano, Ministro de su patria en París. Más tarde, invitado por un artista francés, recorre en automóvil los escenarios de Cervantes para componer “La Mancha de don Quijote”, verdadera profesión de fe castiza, libro con algo de su antigua manera, pero muy renovador por dentro.

Los antepasados castellanos resurgían en el hombre que añoraba a un abuelo escandinavo y quería sumergirse en el nirvana búdico. Sus elementos orientales hallaron por lo demás en la Península ecos que se desplegarían pronto para dar resonancia a su novela capital, la revelación máxima de su temperamento: *Pasión y Muerte del Cura Deusto*. Es la obra madura de su plenitud.

Mirada en conjunto su producción, nótase que los demás libros, por uno u otro lado, de esta manera o de aquélla, la preparan y

anuncian, reuniendo tipos, ensayando efectos, afinando las voces que imprimirán su tono a la orquesta. La historia de Zahir, el criado egipcio, y su amo, la prefigura particularmente de modo visible y hasta la repite. Trátase también de un muchachito que ejerce sobre un hombre maduro una seducción ambigua, entre de hijo y prosélito, con elementos sensuales y sentimentales, impregnados en ternura y contenidos por el pudor: porque en toda la historia del acólito sevillano, pese a la atmósfera cargada de pasión que la envuelve, no hay sino dos caricias, la del chico que coge infantilmente la mano del sacerdote en oración y la de sus labios que se aplican a los del hombre amoratado por la apoplejía. Aquí como allá la trama es un amor irrealizable, y el héroe, parecido asimismo al autor, tiene "los ojos profundamente metidos en las órbitas" y un aire lejano, distante, que contrasta con la viveza del andaluz, gitano o, según cierta etimología, egipcio.

Tal como el oficiante celebra los grandes misterios revestidos de todas las solemnidades, D'Halmar adereza esta novela sin omitir ceremonia.

El libro se divide en tres partes: "Albus", "Rubrus" y "Violaceus", lo cual está conforme con los ritos e insinúa las tres etapas del drama. Un epígrafe de la poesía oriental plantea el tema: "Nadie escapa a su Destino, así esté oculto o no lo esté, así tenga el rostro sereno o contristado. Olvídalo todo, amigo, y bebe por la belleza; soy la Belleza que ningún hombre nacido de mujer puede contemplar impunemente, y si la vida te ha retirado su copa, mira cómo la muerte quiere brindar contigo". Calculadamente, en los momentos oportunos, coplas sevillanas sintetizan una situación al modo poético, como ésta que el mocito no se sabe si canta o murmura para sí propio:

Si un imposible no fuera
mi oración sería así:
¡quisiera que me quisieras,
pero que nunca supieras
lo que yo te quiero a ti...!

La facultad de D'Halmar de bruñir como orfebre u orquestrar melódicamente la prosa, presta a los pasajes culminantes una nitidez entre musical y pictórica que les confiere singular eficacia y nos permite no sólo verlos sino escucharlos.

Aparece el Aceitunita en la vida de Ignacio Deusto, el Párroco.

Hubo un silencio. Los pájaros cantaban fuera, estimulados tal vez por la música perlada del juego de agua; dentro, el gran reloj traído de allá y que había cantado secularmente las horas de la familia, se adormecía en el zumbido de avispa de la mañana primaveral. Ignacio Deusto debía recordar muchas veces esa pausa en su vida.

—Entonces, hazle pasar, Mónica.

Había vuelto a quedarse solo y tan absorto que casi le hizo estremecer una especie de carraspera a su espalda. El reloj de los Deusto iba a tomar la palabra. Unas tras otras sonaron, inesperadamente claras, las diez. El antiguo péndulo conservaba un alma vibrante. En ese segundo preciso resonaron las baldosas del patio y una silueta oscura se interpuso por un instante al día.

En unas pocas líneas, está todo: la atmósfera de horno, el sol que viene sofocante, la sombra refrescada por el ruido del agua, más la presencia de un destino marcado, mecánico, funesto. En otra página la fuerza del sol, dios implacable del verano andaluz, mitológico toro, arde más todavía y fabrica estas cerámicas esmaltadas:

La canícula había inflamado el zafiro de Sevilla hasta hacer de él un carbunco; las palmeras no daban sombra, las fachadas blancas reverberaban, la calle de Sierpes estaba cubierta por velas de buque. El Africa había atravesado el Estrecho y, por Algeciras, se había metido de rondón en sus antiguas dependencias. Una brasa oculta en el minúsculo pebetero de las amapolas parecía tostar, chirriando, su opio: los claveles destilaban almizcle, las rosas chorreaban vainilla, pero trascendía sobre todo a miel como si los panales se hubiesen fundido; y debían ser las abejas sin colmena las que producían ese aturdimiento, ese murmullo que como el de las olas en los caracoles marinos, tal vez no estuviese, a la postre, sino en los oídos de los que sufrían esa insolación.

No llega a este grado de virtuosismo ninguna página de Carlos Reyles, y habría que rebuscar entre las marqueterías de Larreta, que integra la trilogía de los embrujados por España, para descubrir algún cuadro como ése donde todos los sentidos, hasta diríase que el tacto, hallan su fiesta.

La naturaleza misma del tema, la imposibilidad de tratarlo sin rodeos, pues justamente aborda la zona más compleja del espíritu humano, limitan, en un aspecto, su desarrollo y, apartando el libro de la "derecha senda", lo relegan al rango dudoso de las obras un tanto clandestinas; pero, a cambio, en otro sentido, le añaden elementos y la bañan en la atmósfera sugerente, vagamente satánica, creada por el relato bíblico en torno al "amor que no osa decir su nombre", benévolo apelativo del que los moralistas religiosos y oficiales llaman secamente "pecado nefando".

Las teorías de Freud, los estudios alemanes popularizados en espa-

ñol por el Dr. Marañón, los casos de Whitman, Wilde, Gide, Benavente y García Lorca, entre otros, unidos al rápido debilitarse de las creencias dogmáticas y a la libre y sorprendente paganización de las costumbres, han hecho cambiar mucho el aire en torno al problema; pero el que dominaba a principios del siglo traía reacciones de una intensidad siniestra y los acontecimientos del proceso de Lord Douglas difícilmente pudieron sospechar que, antes de medio siglo, aparecería *Le Sabatt* de Maurice Sachs, sin que su autor fuera quemado, que Jean Paul Sartre prologaría con entusiasmo las obras completas de Jean Genest y el maestro de Corydon recibiría el Premio Nobel sin que a nadie le sorprendiera.

La melancolía de Loti, idéntica a la suya, arraigó por eso tan profundamente en el alma de D'Halmar, que empezó entonces y siguió después escribiendo "como para adornar y encubrir un viejo lamento que hay en él", según la expresión de González Vera; y esa tiene que ser, sin duda, la sombra que advierte en su fondo y "aparece y desaparece", y también "ese algo que corre por todos sus libros". No cuenta más de treinta años *Pasión y Muerte del Cura Deusto*; pero su tragedia, su hermetismo púdico, sus reticencias que inducen en un sentimiento de paternidad extraviada pertenecen a una época anterior y lo vuelven, ahora, anacrónico, lo envejecen considerablemente.

La Gloria de don Ramiro y *El Embrujo de Sevilla* no han sufrido, como se comprenderá, igual desplazamiento, porque se asentaban sobre terreno firme. Cabe además ponerle al libro del chileno reparos de otro orden, entre los cuales sería el principal la afectación de algunos diálogos. Resulta poco verosímil la sabiduría que revela en sus palabras el Aceitunita, un chico de trece años, y la madurez de sus intenciones desconcierta. En un pasaje, el autor, como si lo sintiera, procura explicar esa innata ciencia mediante una de sus imágenes: "Una luz muy arcaica —dice— y muy puesta a prueba por las vicisitudes de muchas generaciones brillaba en los ojos nuevos y claros del gitano. La arcilla de la lámpara podía ser reciente; el aceite que ardía provenía de inmemoriales cosechas; el fuego era inmortal", frase magnífica para el género novelesco que rechaza tanta poesía, y que, por lo mismo, en vez de entonar, desentona.

Sea como fuere, entre los veinte o treinta tomos de las "obras completas de D'Halmar", ésta marca una cumbre por su estructura, por su técnica, por su composición orgánica perfecta, con principio, medio y fin rigurosamente armónicos. Nada falta en ella ni sobra. Los personajes, variados y numerosos, sin exceso ni escasez, despréndense con naturalidad, cobran relieve por contraste entre ellos y se mueven de un modo espontáneo, manifestando la soltura de la vida. El gran

encerrado en sí mismo que fue D'Halmar, el prisionero de su yo, hierático en su santuario, donde recibía y se tributaba un culto solemne, logra ahí por vez primera salir y sacar toda la voz, creando seres vivos y capaces de andar por sus pies. Y se realiza la paradoja de que su libro más subjetivo, más personal, es al mismo tiempo el más general y objetivo de todos.

El libro, no obstante, para vivir y perdurar, adolece de una falla íntima, tiene dentro un gusano: D'Halmar utiliza en él las ceremonias religiosas y despliega minuciosamente la pompa litúrgica, que es bella y ordenada; pero las emplea como simple ornamento, sin rastros de fe o siquiera de respeto a la Iglesia. El cuida de informarnos sobre el particular. Más que a sentimientos sectarios o resentimientos propios —no era D'Halmar un hombre de pasiones sectarias—, esta falta de gusto debe atribuirse al ambiente en que transcurrió su juventud, entre los redactores de *La Ley*, el diario radical, excomulgado; pero visto a esa luz, el Cura Deusto adquiere un aire hueco de farsa y se le siente la calculada máquina movida por el deseo de impresionar sin duda el resorte más poderoso a que obedecía su autor.

Vuelto a su tierra, tras veintisiete años de ausencia y en medio de los homenajes más extraordinarios que se hayan rendido a escritor alguno, dijo, durante una manifestación, que, al llegar a un país, bastábale saber dónde se encontraban los clérigos: poniéndose al otro lado siempre quedaba junto a la causa del pueblo y su justicia. Un capítulo de sus *Recuerdos Olvidados*, no recogidos hasta hoy en volumen y que corren peligro de olvidarse en verdad, cuenta que, obligado de niño a ayudar misa, por vengar con el sacerdote un agravio, se bebió el vino de las vinajeras y echó en lugar suyo "cierto licor personal" que el celebrante consagró y consumió sin advertirlo.

Orador, actor, barítono, D'Halmar tenía en su carácter y hasta en su mentalidad rasgos pueriles. La ciencia positiva, fundada en hechos experimentales, regida por leyes matemáticas, no le inspiraba una confianza absoluta; pero hablaba con voz sentenciosa del poder de los números, creía en la cábala y aludía a ciertas coincidencias inexplicables, a días y períodos benéficos o maléficos observados en su vida. *Los 21*, recuento, por lo demás, admirable, de sus admiraciones literarias, se llama así como un homenaje, acaso un conjuro, al 3 que, multiplicado por 7, arroja esa cifra mística. Sus viajes a Oriente desarrollaron esa propensión y le permitieron, sin duda, cultivar las dotes sugestionadoras con que tanto en privado como en público sabía fascinar a sus oyentes. Había en él algo de hipnotista, usaba recursos magnéticos. Bien claro se vio durante los discursos, conferencias y charlas a que lo forzaron sus admiradores cuando, de vuelta a Chile,

se convirtió en el personaje más festejado del país y vivía como en triunfo: la especie de embelesamiento que causaba no obedecía a motivos de orden racional sino a vibraciones y fluidos más propios de la música. Era un gran instrumento magistralmente tocado, y se comprende que hayan dicho de él, como se dijo, por lo demás de Bossuet, que "resonaba más que razonaba".

Pero más que la sombra demasiado severa del Aguila de Meaux, Nuestro Almirante del Buque Fantasma recuerda a otro genio francés, uno de los padres del romanticismo y maestro, por tanto, de sus maestros: salvadas las distancias de porte y escenario, cabe establecer líneas paralelas entre Augusto d'Halmar y el autor del *Genio del Cristianismo*.

Nacidos uno y otro junto al océano, le aman, cultivan y explotan con magnificencia, échanse muy jóvenes a navegar por él y lo cruzan, Chateaubriand hacia las Indias, D'Halmar hacia la India, regresando los dos cargados de metáforas que renovarían el repertorio de las imágenes gastadas. Tanto aquél como éste, más dotados de imaginación que de verdadera sensibilidad, ante todo artistas y hombres espectaculares, acuerdan visible preferencia a la forma sobre el fondo, a la expresión sobre la impresión, y no se detienen ante nada para producir efecto. Solitarios y melancólicos, aman su soledad y su melancolía y la difunden; sin dejar de quejarse de esos males exquisitos, deleitándose visiblemente en ellos y se enorgullecen de sufrirlos. Por fin, tanto el primero como el segundo deslumbran y seducen, sin conmover, e interesantísimos personajes de biografía y comentario, cautivan a trozos selectos, pero decepcionan y resultan difíciles de soportar servidos en grandes dosis.

El año de 1941, D'Halmar le hizo notar a un amigo que, al año siguiente, cumpliría sesenta de edad, que esa fecha era importante para la literatura nacional y convendría que le rindieran algún homenaje positivo, proporcionado a sus méritos. Tal fue el origen del Premio Nacional de Literatura que él inauguró. Su suerte, por desgracia, no siguió subiendo. Y él, que tanto se inclinaba a creer en coincidencias raras, supersticiones, fue víctima de una, inexplicable, que desdeñó.

El hecho resulta bastante extraño para ser referido.

Pese a su vida sobria y ordenada, no había conseguido D'Halmar independizarse económicamente: burgués por el método, el trabajo y la rutina, era artista hasta la médula por su pasión literaria; nadie se ha consagrado tan exclusivamente a las letras como él, y es acaso el único en Chile que haya vivido y muerto como puro escritor. Pero así y todo necesitaba vivir y sus amigos le ofrecieron una vacante en

la Biblioteca Nacional, advirtiéndole que sus dos antecesores inmediatos habían perecido de cáncer. La robusta salud de D'Halmar, capaz de resistir seis meses de "manifestaciones" consecutivas, podía reirse de esa amenaza. Y aceptó. Era una canongía discreta, inferior a sus méritos, pero cómoda. Tenía allí su oficina donde leía, escribía, charlaba con sus amigos. El visitante que, tras los verdes visillos de la entrada, divisaba la luz de su lámpara, al abrir la puerta veía alzarse sobre un libro una cabeza blanca y hermosa y erguirse después la corpulenta figura de un anciano que no daba ninguna impresión de ser un funcionario público sino un viejo rey desterrado que se encontraba ahí no se sabía por qué. Grabados, retratos con autógrafos, diplomas honoríficos y recuerdos hacían acogedor el ambiente. Sus obras de arte las tenía en un pequeño cuarto piso muy central, rincón de artista, con algo de taller bohemio, donde el escritor dispensaba su buena hospitalidad a los admiradores. Parecía abroquelado contra el destino. Un tumor canceroso de evolución rápida, dolorosísima, lo consumió rápidamente, en enero de 1950, a los 68 años de edad.

Como postrer homenaje, encargó que sobre su tumba grabaran una de sus frases más famosas, síntesis de su existencia vagabunda, curiosa y exploradora: "Nada he visto sino el mundo, nada me ha sucedido sino la vida", desencantado compendio de una filosofía nihilista que no teme, delante de la muerte, repetir dos veces la palabra "nada".